

# Tormenta Nocturna

Olaya Hernandez-Franco



## Capítulo 1

El estruendo del trueno me despertó sobresaltada. Instintivamente busqué mi reloj, mientras poco a poco mi corazón regresaba a su ritmo normal. Las 2 de la mañana... y un calor bochornoso me envolvía. "Vaya, un trueno y se corta la electricidad...", pensé mientras me esforzaba por levantar mi medio dormido cuerpo de la cama para abrir las ventanas. Ya se escuchaba el tintineo de la lluvia afuera, me asomé a mirar y vi la calle encharcada, señal de que la lluvia había sido fuerte. De pronto algo se mueve al otro lado de la calle, como una sombra pegada a la pared. Me paraliza el miedo, y apenas si respiro.

Miro atentamente y con un relámpago distingo las facciones de mi guapo vecino, que rebusca algo en su bolsillo intentando no mojarse. "Vaya, si el grandote se está mojando..." pensé divertida. Nos conseguíamos a diario por estar nuestras casas pareadas, y como ambos vivíamos solos hacíamos bromas de tumbar la pared y hacer una sola casa, para acompañarnos mutuamente. Era un hombre maduro, bastante simpático y con un aire de conocer el mundo y sus vaivenes. Con aire de haber sido domesticado, era muy cuidadoso de su casa, de mantenerla bonita, y sé que se cocinaba su comida por los aromas que impregnaban mi casa cada día, aunque nunca fuimos de visitarnos.

Me tranquilizo y enciendo una vela, más para que viera gente despierta que por otra cosa. Levanta la cara y me ve, y me hace señas para llamar mi atención. Le respondo con señas, y cruza saltandito hacia mi ventana. "Perdona la hora, ¿podrías dejarme esperar en tu casa que pase la lluvia un poco? Estoy empapado y no consigo mis llaves..." me dijo un poco confuso. "Seguro, vecino, no hay problema, pasa", respondí y fui por una toalla limpia y seca y mis llaves, para abrirle.

"Gracias... me asusté porque acabo de salir de una gripe, y estas mojadas no son buenas..." farfullaba mientras secaba su abundante y negro cabello empapado, su cara y su cuello. Oía delicioso, y ya había notado que tenía una piel impecable, aun a su edad ya madura, con esa sombra de barba que es tan varonil, al estar sin perfilar ni afeitada con modernidad. Me hipnotizó por unos instantes el movimiento de sus manos a la luz de la vela, en la toalla, recorriéndose la cabeza, el pecho y los brazos mientras se secaba. Uffff... en serio que era bien guapo, pensaba cuando me miró de pronto con sus ojos negros y penetrantes, como si apenas entonces se percatara que yo estaba ahí. Pegué un respingo y algo de cera me quemó ligeramente.

Se dio cuenta y sin decir nada se acercó y miró mis dedos... "No pasó nada, que soy tonta..." pude articular apenas. Sonó tan falso que ambos nos reímos. Dientes perfectos, risa profunda... ¿se transformaba el ordinario de mi vecino en las noches o qué? Entonces me percaté de que

mis pezones me están delatando a través de mi ligera camiseta, y él los está mirando como quien no quiere ser muy evidente.

Me cubro con la mano libre, pongo la vela en un vasito y le digo que si lo desea se quede ahí en el mueble, y le dejo la vela, pues la lluvia no tiene pinta de pasar pronto. Me mira atentamente, y asiente con la cabeza. Yo sentía el estallar del rubor en mi cara, y girando repentinamente le di las buenas noches y me dirigí a mi cuarto. Abrí las ventanas, aparté las sábanas y me acosté... con los ojos abiertos y el desasosiego en el cuerpo. Mis pezones estaban sensibles, mi piel y mis manos no querían dejar de sentirse acariciándose lentamente. Escuché el ruido de unos pesados zapatos al ser puestos en el piso, y el fru fru de un pantalón que se quita. "Qué morbo... se está desvistiendo..." decía mi demonia interna. "Claro, esta mojado el pobre, se debe sacar la ropa para que se seque y no enfermarse...", respondía mi angelita.

Cerré los ojos y me giré de cara a la pared, ora los brazos sobre la cabeza tapándome los oídos, ora mis manos acariciando los pechos que se negaban a dormirse, o recorriendo mis caderas y mis nalgas...inquieta, cuando sentí un peso que se apoyaba despacio en mi cama. Abrí los ojos sin moverme, mirando hacia el frente, y mi respiración se hizo cortita. "No te asustes, es que no puedo dormir en ese pequeño mueble... ¿me das un ladito aquí?".

"Por supuesto..." dije con un hilo de voz. No quería parecer una mojigata, total era un caso de emergencia. Acostó despacio y con cuidado su enorme humanidad lo más lejos que pudo de mí, boca arriba, y yo me moví hacia la pared un poco más, dándole la espalda. Mi corazón se quería salir por la boca, estoy segura de que sentía a través del colchón las ondas del bombeo en mi pecho. Me quedé muy quieta, intentando no oler esa piel, no sentir ese calor al lado, ese respirar profundo que me empequeñecía en mi misma cama. De pronto se giró hacia mi lado, poniéndose sobre su costado... y yo rodé hacia su pecho, al hundirse la cama.

Quedamos cara a cara sin movernos por unos segundos. Como todo estaba tan oscuro no nos veíamos, lo que había que nos sintiéramos aún más. Al tener su brazo más próximo a mí doblado debajo de su cabeza, caí directo a su pecho, suavemente cubierto de vellos que sentí en mi cara, llenándome los sentidos con su aroma a hombre limpio. Se me escapó un gemido que quiso ser protesta, y apoyándome en su fuerte hombro comencé a levantarme y él justo estiró el brazo que estaba flexionado, cuando fallé y caí de nuevo en la cama... sobre su brazo. No me moví, temblaba demasiado...se sentía en mi mano en su hombro y en su brazo rodeándome dulcemente. "Solo si lo deseas... porque yo sí", me dijo cerquita de mi boca. Levanté mi pierna y la coloqué lentamente sobre

su cadera. No fue necesario hablar una palabra más.

Nos unimos en un abrazo en cámara lenta, mientras a ciegas nuestras bocas se buscaban curiosas y con cautela. Yo respiraba con deleite sintiendo cómo ese olor a hombre hermoso se metía hasta mi alma, cómo esa manos se sentían tan fuertes, tan decididas y tan conocedores de qué hacer y dónde tocar. Todo mi cuerpo estaba erizado, desde mis pezones hasta lo más recóndito acusaban el impacto de este hombretón grande y formidable, que se intuía tosco pero sorprendentemente delicado y dulce. Me volví algodón en sus manos, un manojo de nervios y de receptores de deseo y pasión. Su boca era deliciosamente tierna y sabía besar tan perfectamente que era como un vals de lenguas, de labios y de suspiros.

Nos besamos mucho y nos acariciamos cada centímetro de piel. Cuando ya mi cuerpo y el suyo eran manantiales de miel, nos fundimos sin pausa pero sin prisa en uno solo, en un intercambio delicioso de empujones y retiradas sin tregua, agonizando lentamente en esa muerte tan deseada cuando se funden los cuerpos, las almas, las conciencias y las razones, y solo queda ese nosotros que nos eleva hasta explotar entre luces de colores y espasmos interminables, rompiéndonos las distancias humanas y haciéndonos uno con el Infinito.